



Estudios Demográficos y Urbanos
ISSN: 0186-7210
ceddurev@colmex.mx
El Colegio de México, A.C.
México

Morelos, José B.
Algunos nexos entre la transición demográfica y la fuerza de trabajo
Estudios Demográficos y Urbanos, núm. 45, septiembre-diciembre, 2000, pp. 703-710
El Colegio de México, A.C.
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=31204508>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

Algunos nexos entre la transición demográfica y la fuerza de trabajo

José B. Morelos*

Acorde con la división del trabajo de las distintas disciplinas que discurren acerca de las interacciones entre la población y el mercado de trabajo, en esa nota se privilegia el abordaje sociodemográfico para discutir un par de cuestiones. La primera tiene que ver con la idea de que las circunstancias prevalecientes en los ochenta poco influyeron en el desenvolvimiento de la fecundidad y la mortalidad, ejes articuladores del desarrollo conceptual de la transición demográfica y de las implicaciones en los órdenes individual, familiar y social que derivan de su comportamiento temporal y espacial. Con base en la anterior argumentación se presupone que el patrón de continuidad de la transición demográfica proseguirá en el siguiente milenio. A partir de este supuesto se determinan algunos vínculos entre las etapas actual y futura de la transición demográfica y se establecen algunos trazos cuantitativos y cualitativos de la fuerza de trabajo. La segunda tiene que ver con los retos futuros que derivan del desbalance provocado por el lento accionar de la demanda frente a una oferta, un tanto ilimitada por sus excedentes actuales y su tendencia alcista, de mano de obra en un mercado de trabajo altamente segmentado.

Resulta importante advertir que en la discusión se dejarán de lado los asuntos inherentes a la transición epidemiológica, la cual, como es conocido, pone la atención en las modificaciones, por acción de factores socioeconómicos, de los perfiles de la mortalidad por causas, cambios en la distribución de las muertes según la edad, las influencias recíprocas entre la duración y frecuencia de estados mórbidos con la prolongación de la vida a edades más avanzadas y en la respuesta organizada de la sociedad para atender los males de la población. Tanto los cambios en los perfiles epidemiológicos como en la distribución de las muertes por edad están asociados a los cambios en la estructura por edades de la población total y de la población activa, cambios, entre otros, que se emplean para caracterizar el proceso de la transición demográfica.

* Profesor-investigador del Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano de El Colegio de México.

Se reconoce que los programas de ajuste, la crisis y el relanzamiento de la economía mediante el proyecto neoliberal sustentado en el libre comercio y la globalización afectaron los mercado de trabajo. Sus impactos más lesivos tuvieron que ver con la destrucción y la escasa creación de empleos en el sector formal, el abultamiento del sector informal, y con la ampliación de la brecha entre los perceptores de los salarios y los que concentran las rentas y beneficios.

A diferencia de las consecuencias ocurridas en el empleo y en la distribución del ingreso, los influjos de todos estos factores fueron imperceptibles en los niveles y comportamientos de la fecundidad y la mortalidad, principales componentes sobre los que descansa el concepto tradicional pero restringido de la transición demográfica. Esto sugiere que la transición demográfica continuó su trayectoria durante los años ochenta y principios de los noventa pese a los efectos derivados de los programas de ajuste en el gasto público asignado para promover la salud, la educación y el empleo. Por lo anterior se postula la existencia de una relativa independencia entre los impactos de la globalización, la interdependencia, el redimensionamiento del sector público, la reingeniería en algunas ramas industriales, y el proceso con cambios progresivos de la transición demográfica de las distintas entidades del país. En dicho proceso se conjugan los efectos de una fecundidad declinante y una esperanza de vida en ascenso. En cambio las variables que sí se han visto fuertemente influidas por esa constelación de factores son las migraciones interna e internacional, variables que hasta ahora se han mantenido alejadas del entramado conceptual que nutre y da cuerpo a la noción de la transición demográfica.

En este contexto, la experiencia mexicana sugiere que las distintas entidades del país han pasado de etapas inferiores a fases más avanzadas de la transición demográfica o de sitios inferiores a lugares superiores dentro de una misma fase. A esto se añade que ni en los ochenta como tampoco en el primer lustro de los noventa se han observado involuciones o estancamientos en el proceso de la transición demográfica, pues de haberse presentado tales comportamientos, México se encontraría en una fase inferior respecto a la que actualmente cursa. En los noventa la población mexicana se situaba en la tercera fase de la transición demográfica, ya sea que se atienda a los criterios establecidos por las Naciones Unidas o bien en función del índice de progreso de la transición demográfica, indicador que en su construcción combina la tasa global de fecundidad y la esperanza de vida.

¿Dónde está el origen de esta disociación entre la transición demográfica y los efectos de los programas de ajuste y del cambio de orientación de la estrategia de crecimiento? Cuando menos hay dos posibles explicaciones. La primera tiene que ver con la intervención del Estado en los asuntos poblacionales, y la segunda, de naturaleza empírica, se basa en el comportamiento de las magnitudes del cambio del índice de progreso de la transición demográfica. Por un lado, ante condiciones económicas adversas, la continuidad de la política de población fue un factor contribuyente para que el proceso de la transición demográfica mantuviera su rumbo. A través de diversas acciones de dicha política, la población ha interiorizado dos tipos de valores: el primero tiene que ver con el conocimiento informado del valor de bienestar de las parejas, cuando menos en el ámbito de la salud de las madres y los hijos, y el segundo con el valor de la autonomía de las parejas para decidir libre y responsablemente sobre el número y espacioamiento de sus hijos.

Por el lado empírico se debe enfocar la lente en la intensidad de los cambios que ha experimentado el susodicho índice, más que detenerse sólo en el examen de su tendencia. El comportamiento de las velocidades de cambio del multicitado indicador sugiere que durante la década perdida, la magnitud de los incrementos fue inferior a la observada hasta los años setenta e incluso se encuentra ligeramente por debajo de la registrada durante el primer lustro de los años noventa. Evidencias similares se encuentran documentadas en los trabajos de diversos autores que han analizado el impacto de los programas de ajuste y de la crisis sobre diversos indicadores del desarrollo social y del proceso de urbanización.

Con base en esta experiencia es dable pensar que en el futuro inmediato no se alterará el rumbo de la transición demográfica. Tal observación es formulada con base en el comportamiento del índice de progreso de la transición demográfica y el relativo peso que en su comportamiento tuvieron los factores económicos, cuyos efectos adversos se verán paliados, una vez más, por el influjo que tendrá la política de población en la consolidación de una cultura demográfica que, además de generalizar los valores del bienestar y la autonomía, armonizará los intereses de las parejas de los distintos grupos sociales con los intereses de la sociedad.

Dado que el interés de esta intervención es discernir sobre los vínculos entre el cambio demográfico, subyacente en la noción de la transición demográfica, y el tamaño y composición por género de la fuerza

de trabajo, se hará hincapié sólo en aquellas características que se consideran de mayor peso. Al término del primer lustro del siguiente milenio la población mexicana estará al término de la tercera etapa e iniciará su ingreso a la etapa postransicional. Hacia el 2015, la distribución de la población por grandes grupos de edades será como sigue: los menores de 15 años representarán entre 22 y 24% del total, la proporción de quienes estarán en edades activas será de 60%, y los mayores de 65 años concentrarán entre el 16 y 18% restante; el patrón de nupcialidad será de tipo tardío y predominarán las familias con uno a tres hijos.

En este contexto y situados en los primeros lustros del tercer milenio, lejos de considerar como improbables a las futuras dimensiones de la población y sus estructuras por edades, deben tomarse como plausibles, por lo que la dimensión potencial y el techo máximo de la fuerza de trabajo determinados por el *stock* y la estructura por edad ya están dados; a su vez los nuevos entrantes a la fuerza de trabajo ya se encuentran entre nosotros. Se debe hacer notar que en el caso particular de la fuerza de trabajo femenina el factor edad y el *stock* juegan un rol secundario en la fijación de dicho máximo, siendo más decisivas las variables socioeconómicas pues de su accionar dependen la volatilidad y el grado en que la población femenina permanece en forma interrumpida en el mercado de trabajo.

Tomando como punto de referencia los datos de la población total derivados de las proyecciones de la población nacional, el monto de las entradas netas o sea el número de entrantes potenciales a la fuerza de trabajo, en función sólo de los incrementos absolutos de población para los tres primeros quinquenios del siglo XXI, será de alrededor de 5.1, 5.4, y 5.7 millones de personas. Resulta importante señalar que las modificaciones en los montos de ingresantes a la fuerza de trabajo entre las hipótesis de variación mínima y máxima de las proyecciones de la población total serán del orden de 1% en cada uno de los quinquenios. Por lo tanto, si en el futuro los volúmenes de la población real obtenidos de conteos y censos de población se sitúan entre los resultados de estas dos variantes, el efecto en el número de entrantes potenciales será un tanto insignificante.

Si se suma la cuantía de entrantes por quinquenio al stock de población económicamente activa (PEA) en el año 2000, del orden de los 40 a 42 millones, en los tres siguientes lustros se tendrán volúmenes totales de población activa del mismo orden de magnitud que los que arrojan las proyecciones de la PEA nacional elaboradas por Conapo.

Un segundo aspecto lo determinan los cambios en los niveles de la fecundidad y de las repercusiones de dichos cambios en la estructura por edades de la población activa. Durante los tres primeros lustros del tercer milenio, el porcentaje de población activa entre 12 y 34 años bajará de 57% en el año 2000 a 47% en el 2015; el grupo de 35 a 49 años pasará de 28% en el año 2000 a 32% en el 2015; y la población de más de 50 años aumentará de 15% en el año 2000 a 20% en el 2015.

Un tercer aspecto tiene que ver con los cambios en los niveles de las tasas de crecimiento de la PEA por grandes grupos de edades. Entre los años 2000 y 2010 los mayores niveles se observarán en el grupo de edades 35-64, que estarán por arriba de 3.5% y de 2% entre el 2010 y el 2015. En este último lustro las tasas de crecimiento de la población mayor de 50 años serán de 4.0%. En cambio las tasas de crecimiento del grupo 12-34, durante los primeros quince años del siglo XXI, estarán por debajo de 1 por ciento.

Además de los incrementos de la población total, la cantidad de mano de obra a lo largo del tiempo se asocia a los cambios en las tasas de participación por grupos de edad y género, modificaciones resultantes de la influencia que ejercen las variables socioeconómicas, las cuales se relacionan con la cuarta y última de las características de la PEA. En este punto esbozaré algunos trazos generales de la futura población activa por niveles de escolaridad, y para el caso de las mujeres ampliaré dichos rasgos considerando los niveles de participación según la escolaridad y el número de hijos. Como soporte de estos esbozos he tomado como puntos de referencia el nivel de las tasas de participación y su comportamiento observado en los noventa.

De mantenerse la relación directa entre nivel de escolaridad y las tasas de participación, los mayores niveles de participación se observarán entre la población masculina y femenina con educación media y superior y los que cuenten con niveles de educación secundaria; en cambio las tasas de participación de los menos escolarizados tendrán una tendencia a la baja, en particular las de la población analfabeta y aquélla con primaria incompleta. Los niveles de las tasas de participación de la población masculina con educación media y superior sobrepasarán por un ligero margen a las tasas de participación de la población femenina con el mismo nivel de escolaridad. Un diferencial en sentido opuesto al anterior lo mostrarán las tasas de participación de la población con secundaria y con pri-

maria completa; en ambos casos los diferenciales favorecerán a las mujeres.

En el caso de la población femenina, los niveles más altos de las tasas de participación según la escolaridad y el número de hijos, al igual que en el caso anterior, corresponderán a las mujeres más escolarizadas y que tengan de uno a dos hijos, con valores ligeramente por debajo de los anteriores estarán las tasas de participación de las mujeres sin hijos. Los niveles más bajos corresponderán a las mujeres con tres a cinco hijos y con seis hijos y más.

De conformidad con las consideraciones anteriores se espera que la población activa femenina tenga tasas refinadas de participación crecientes mientras que las de los hombres tenderán a declinar. Lo anterior como resultado del aumento en la edad promedio de entrada a la fuerza de trabajo masculina, motivada entre otros factores por la mayor permanencia en el sistema escolar y la disminución de las tasas de participación de la población mayor de 60 años. En el caso de las mujeres los aumentos en las edades centrales serán, a diferencia de los hombres, más que proporcionales a las reducciones ocasionadas por la baja en las tasas de participación de los grupos de edades extremos.

Por último, en términos de los desafíos futuros, el principal reto para los tres primeros lustros del próximo milenio consistirá en dar acomodo a más de 15 millones de personas de nuevo ingreso a la fuerza de trabajo. Se sabe que uno de los efectos de la apertura comercial, vía el TLC, fue la contracción del empleo en el sector manufacturero –particularmente en las empresas medianas y pequeñas– y la creación insuficiente de nuevos puestos de trabajo en el sector formal, lo que originó la agudización de la segmentación de los mercados de trabajo. De repetirse algunos de estos efectos con el inicio de la apertura comercial con la Comunidad Económica Europea, se afectará el desarrollo de las industrias mediana y pequeña, que a lo largo del tiempo se han distinguido por su mayor capacidad para crear nuevas fuentes de empleo; por lo tanto, un posible escenario es que de estos 15 millones de nuevos entrantes, algo así como la mitad encontrará empleo en el sector formal y el resto engrosará las filas de la informalidad o bien permanecerá desempleado.

Considerando los excedentes de la mano de obra y la cuantía de entrantes anuales, habrá una presión a la baja de los salarios mínimos reales y de los salarios medios; y si a esto se añaden la persistencia de la política de contención salarial y el influjo de la flexibilización en el

empleo temporal, las oportunidades, en los primeros años del próximo siglo serán sólo para los capitalistas, ya que contarán con una oferta creciente de empleo y más escolarizada. Para el segundo y tercer lustro la creación de empleo y la modificación de la segmentación en el mercado de trabajo dependerán de la productividad, el progreso técnico y la distribución del ingreso, factores del dominio de la economía y un tanto ajenos a la preocupación central de esta nota.

Otros de los retos tienen que ver con las presiones en el sistema escolar, sobre todo en los rubros de educación media y superior, y en los sistemas formales e informales de seguridad social sobre todo hacia el año 2015, fecha en la que se espera que la población activa mayor de 65 años alcance la cifra de 2.6 millones de personas.

Desde la perspectiva académica hay cuando menos dos desafíos. Uno tiene que ver con la necesidad de repensar el concepto de transición demográfica incorporando a la misma las migraciones interna e internacional; el segundo, con la exigencia de combinar los conceptos de transición demográfica y epidemiológica para incluir en la discusión el tema de la salud ocupacional, asunto de gran trascendencia por las repercusiones que la misma tiene y tendrá en el desgaste del capital humano, en los niveles de productividad y por lo tanto en los niveles salariales.

Bibliografía

- Conapo (1999), *La situación demográfica de México*, México, Consejo Nacional de Población.
- Cordera Campos, Rolando y Enrique González Tiburcio (1991), "Crisis and Transition in the Mexican Economy", en Mercedes González de la Rocha y Agustín Escobar Latapí (eds.), *Social Responses to Mexico's Economic Crisis of the 1980s*, San Diego, Center for U. S.-Mexican Studies, University of California, pp. 19-56.
- Dussel, Enrique (1995), "El reto del empleo en México. Cambio estructural en el empleo durante 1982-1992", *Investigación Económica*, núm. 12, pp. 135-275.
- Lustig, Nora (1993), "El efecto social del ajuste", en Carlos Bazdresch, Nisso Bucay y Nora Lustig (comps.), *Méjico, auge, crisis y ajuste, El Trimestre Económico* (Lecturas 73), México, Fondo de Cultura Económica, pp. 201-238.
- Garza, Gustavo (1999), "Globalización económica, concentración metropolitana y políticas urbanas en México", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 14, núm. 2 (41), pp. 269-311.
- INEGI/STPS (1997), *Encuesta Nacional de Empleo: Edición 1996*, México, Instituto

- Nacional de Estadística, Geografía e Informática / Secretaría del Trabajo y Previsión Social.
- Morelos, José B., Alejandro Aguirre y Rodrigo Pimienta (1997), "Algunos nexos entre la escolaridad y el empleo en México", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 12, núm. 3 (36), pp. 583-600.
- (1999), "México: Apuntes sobre la demografía regional, 1950, 1970, 1990", *Estudios Sociológicos*, vol. 17, núm. 51, pp. 683-702.